

Juan Bonilla

El mejor
escritor
de su
generación

(NOVELA)

el paseo, 2021

© Juan Bonilla, 1999-2021
© de ilustración de portada: Copyright © Robert Crumb, 1996-2016
© de ilustraciones de interior: Joaquín Bonilla Suárez, 2021
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2021

www.elpaseoeditorial.com
Colección NARRATIVA | {OPERA PRIMA}

1.ª edición en El Paseo: mayo de 2021

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés (www.sputnix.es)
Corrección: Deculturas, S. Coop. And.
Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. 978-84-122973-6-2
DEPÓSITO LEGAL: SE-691-2021
CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Nota del autor

El mejor escritor de su generación se publicó en 1999 cerrando una recopilación de piezas narrativas. Revisada por el autor, se publica por vez primera ahora como quiso ser editada entonces: como novela independiente.

Tormoye tenía trece años y era un ángel esbelto y rubio al que adoraban las amigas de su madre, las hijas de las amigas de su madre y al que envidiaban los amigos de su padre y los hijos de las amigas de su madre. Jugaba al tenis, tenía una profesora particular de alemán que arrancaba sonetos alejandrinos allá por donde pasaba, leía a los poetas nuevos y a los historiadores antiguos. Le gustaba Lorca, del que tenía una primera edición firmada del *Romancero Gitano*: «Al futuro barón de Tormoye, esperando que me deje ser su amigo. Federico».

Una noche, sin que mediaran golpes en la puerta de su casa ni gritos feroces reptando escaleras arriba, se coló una banda de monos azules: la criada, bonita muchacha de carnes tensas y rostro moro, cuyo cuarto el padre de Tormoye visitaba algunas madrugadas para dejar huellas dactilares en sus muslos, sus nalgas y sus tetas, les había abierto la puerta compinchada con alguno de los asaltantes. Eran los primeros días de la Guerra. Los barones habían decidido quedarse a defenderse, confiando en que los muchachos que atacaban Madrid en la Ciudad Universitaria empezasen a hacer caer la capital de la República.

Los milicianos bajaron a toda la familia al salón: el padre, la madre y nuestro muchacho (por fortuna su hermana estaba en Sevilla con la abuela, en la calle Argenta, en esta misma casa donde te cuento todo esto...).

—Pero, primero, ¿por qué me tuteas? Primer día de servicio aquí y ya me tuteas. Ni por asomo. Y segundo, ¿por qué me lo cuentas en tercera persona, barón? Tú eras ese muchacho angelical.

-La tercera persona me ayuda a olvidar. Ay, por favor, Sisí, no tan fuerte. Tengo que rehabilitar las piernas, no creo que rompiéndomelas me las mejores.

-Eso lo decido yo, ¿no crees?

-Todo lo decides tú, Sisí admirada.

-Así me gusta. Ni un ay más. Sigue.

TENGO QUE ESCRIBIR una novela.

No es que me impulse una necesidad interior, o al menos no se trata de ese tipo de necesidad interior que derraman los novelistas más afamados y sentimentales en declaraciones que registran los periodistas: «Esta novela ha surgido de una necesidad interior que fue más fuerte que el pudor de darme tanto». Hay mucho novelista sentimental que dándose tanto nos han quitado las ganas de todo.

Mi necesidad interior es de otra índole, no menos poética pero sí menos prestigiada y nada difundida, si por prestigio entendemos la jerarquía cansina de dogmas que los catequistas de la literatura han ido imponiendo con sus opiniones de pedestal rancio desde donde ahuecan la voz para sacarse de las tinieblas de sus bolsillos sus reglas majaderas.

La necesidad interior que me impulsa a escribir esta novela la creó la firma en un contrato en que me comprometía a entregar una novela en una fecha que hace ya algunos meses pertenece al pasado. A los postres de una espléndida comida en la que te servían un digestivo entre el tercer y el cuarto plato, deslicé por fin mi rúbrica al final de ese documento y la editora, una de esas frágiles obras de arte que los museos nacionales no prestan si no es después de contratar un seguro de muchos millones de pesetas, llamativamente joven para un puesto tan alto como el que ocupaba, no hizo el menor intento de sellar el acto estrechándome la mano, menos mal, porque yo trato de no dar la mano nunca, no soporto tocar ni soporto que me toquen. Suelo llevar, y llevaba el día de la firma del contrato, unos guantes de látex y cuando me pregunta alguien, vencido por la curiosidad o el espanto, qué me pasa digo que es una enfermedad de la piel, y entonces ya se le quitan las ganas de preguntar más y desde luego de estrecharme la mano. Nada me gustaría más que gastar las yemas de mis dedos en la piel de una mujer, aniquilar mi sed en otra boca, pero padezco hafefobia, como uno de cada millón de seres humanos de este planeta. La hafefobia, a

la que también puede llamársele *afefobia*, *hafofobia*, *hapnofobia*, *haptophobia*, *haptofobia*, *thixofobia*, *quiraptofobia* (es decir, es una enfermedad que se puede tocar con muchas palabras) consiste en un trastorno específico que, según los manuales más cautos, provoca gran sufrimiento en quien padece ese miedo irracional, de gran intensidad, que se manifiesta cuando el individuo que sufre la fobia entra en contacto físico con otras personas y es tocada. No me verán nunca en un autobús atestado, ni en un andén sobrecargado de seres, ni, por más que quisiera, en un estadio lleno. Y nada me gustaría más que rozarme con alguien en ese autobús, sentir la cercanía de la desconocida que va a tomar el mismo tren, abrazarme al que se ha sentado al lado para cantar los goles de nuestro equipo.

En el momento de la firma, Sisí, la ayudante de la editora, que no describo ahora para que no me entretenga la lascivia que me provoca esa mujer, una de esas obras que los museos nacionales tienen en los sótanos porque les parece un exceso lucirla, hizo una llamada al administrador de la editorial e inmediatamente ingresaron en mi cuenta corriente una suma que me ha permitido durante todo este tiempo tomar el sol los días que hacía sol y meterme en el cine a horas intempestivas o en salas de billares donde jugaba solo, después de cerciorarme de que no había apenas público en el establecimiento, y vagabundear por las librerías de viejo —que siempre están vacías para mi fortuna— los días de nubosidad variable, además de comprarle ramos de flores a mi madre cada viernes y alguna caja de bombones para que tenga algo que ofrecer a las visitas —porque, después de transitar por muchos, decidió montar su propio club de lectura y convoca cada viernes a sus amigas para destrozarse o enaltecer una novela que se supone han leído durante la semana, aunque yo a mi madre nunca la he visto leyendo.

Una vez al mes, puntual y exquisita, mi editora me llamaba para acariciar las paredes de mi cerebro con su voz suave e interesarse cómo iba la cosa y yo la tranquilizaba diciéndole que, a pesar de que soy muy exigente conmigo mismo, me estaba saliendo fértil la prosa y esperaba entregar antes de que cumplierse el plazo. Fértil la prosa: los cojones. Ni me había puesto aún a pensar en qué iba a escribir.

Lo cierto es que el plazo de entrega para mi novela venció sin que yo hubiese escrito una sola página por razones que no vienen al caso pero que puedo resumir sin exprimirme las meninges diciendo: mi pereza, y desde luego mi pudor, junto con mi impotencia, llamémosle PIP a ese animal de tres cabezas, una escupe fuego, otra hielo y la última se limita a sonreír, fueron más fuertes que mis necesidades interiores (aunque también puede valer esta otra manera de formularlo: soy incapaz de escribir una novela). El PIP fue declarado mi enemigo principal. Pensé en escribir una novela sobre él, una novela abstracta en la que un personaje llamado Pudor conoce a una dama llamada Impotencia y engendran un monstruo al que bautizan Pereza. ¿Dos números negativos al multiplicarse no producen uno positivo? Las matemáticas no siempre funcionan fuera del campo de las matemáticas. No siempre 2 y 2 producen 4. Hombre tiene dos sílabas. Alto tiene dos sílabas. Pero Hombre alto sólo tiene 3 sílabas. Al próximo que les diga que dos y dos son cuatro siempre póngale este ejemplo sin citarme siquiera.

Pero hace poco he recibido una misiva de mi editora. La leí y dije: joder, qué le ha pasado a la dulce muchacha que me llamaba todos los meses y a la que fácilmente mentía diciéndole que avanzaba a buen ritmo, por qué es tan violenta por escrito cuando tan dulce es por teléfono. Lo entendí al ver la firma. No era suya. La han reemplazado. Ahora la editora es la otra mujer, morena y grande, la que venía con ella cuando firmé el contrato y ejercía de ayudante y, al contrario que la rubia directora, no temió estrecharme el guante de látex. Parece un dibujo de Crumb, una de esas mujeres rotundas, rebosantes de carne tensa a las que para caricaturizar tendrías que emplear el doble de líneas curvas que de rectas. Sabe además sacar partido de su formidable estructura poniéndose trajes de dos tallas menos. No sé por qué los novelistas se gastan tanto en tratar de describir a sus personajes cuando hay tantos buenos dibujantes que harían esa labor mejor. A mí mismo se me da mejor dibujar que escribir. Hice muchos dibujos de esa mujer.



En la carta, con una severidad que no se aviene bien con los modales esculpados en la mejor tradición diplomática de su antecesora, se me conmina a entregarle su novela (me resultó curioso que se refiriera al texto así, transformándolo en suyo, obligándome a ceder su posesión por completo, sin siquiera compartirlo con un educado «nuestra novela»: he de reconocer que el tono tajante y el cambio del posesivo me pusieron muy cachondo) en un plazo de treinta días a partir de la redacción —no de la recepción— de esta carta, de lo contrario la próxima noticia que recibiré de la editorial será una citación judicial, porque está dispuesta a hacerme devolver el pago del adelanto más los intereses que se hayan generado, aunque, termina con misericordia, no vamos a llegar a eso porque vas a portarte bien, ¿verdad?